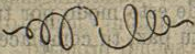


NOVIEMBRE 27.

Para el paisano Pancho Terán.

Y mi cariño amante, respetuoso,
No fué posible celebrar tu día
Dozarme en tu contento, tu alborozo,
En oportunidad como debía:
Tamentar esta falta, me es forzoso
Imaginando que tal vez podría
Tu voluntad creerla de intencion,
Yunque no fué sino una distraccion.

Y mada prima, á quien con ansia ardiente
Oulto rinde mi afecto apasionado,
Ta distraccion perdoname, indulgente,
Y celebrar tus días. Mi amor postrado
Ruegáte este perdon, y que clemente
Imaginar jamas hayas pensado
Jenga mi voluntad en ello parte,
Y tendido mi empeño en agradarte.



CUENTOS.

CUENTO DE CUENTAS.

A la buena de mi tia
se le reventó el rosario,
y mientras que lo añadía
y las cuentas recogía,
la vino á ver el notario.

¡Oh, mi señor don Vicente!
¡oh mi señora doña Ana!
cómo va? perfectamente:
¿y el niño cómo se siente?
mírelo ahí en la ventana.

En efecto á ella arrimado
jugaba yo muy ufano
con las cuentas que habia hallado
del rosario reventado;
y una me meti en el ano.

Con maneras muy atentas,
aunque un poco estrafalario;
dije á la visita a tientas:
usted sabrá sacar cuentas,
¿no es verdad, señor notario?

Eso, sin duda ninguna,
me dijo el don Vicentito;
y yo respondi prontito
¿pues á que no me saca una
que me meti en el calito?

EL CONFESONARIO.

Varios niños nos reunimos
para irnos á confesar,
y teniendo que esperar
al cura, á hablar nos pusimos,

Mientras uno peroró,
otro de los que allí estaba
y que de vena se hallaba,
un gran *cuesco* se aflojó.

Y dijo con travesura
y atrevimiento precoz,
hajando un poco la voz;
este es para el tata cura.

Con lo cual nos asustamos
todos, y nos aturdimos,
algunos lo reprendimos,
y los mas lo amenazamos.

En esto el cura que entró,
y vió aquel corrillo inquieto,
nos recomendó respeto
al templo, y se amostazó.

Luego pasó á su sitial
y á todos nos fué llamando,
que nos fuimos acercando
á su turno cada cual.

Y cuando la vez llegó
al pedorro arrepentido,
se arrodilló compungido
y sus culpas confesó.

Pero con pena sensible
y temeroso, al concluir,
al padre hubo de decir
tiene un pecado terrible.

Mas no dice qué pecado,
sólo que es imperdonable;
y entre el ministro y culpable
este diálogo han trabado.

—Bien tu culpa confesar
puedes, hijo, sin cuidado;
que Dios siempre ha perdonado,
y á tí te ha de perdonar.

—Dios si me perdonará,
pero usted no ha de querer;
tal vez me querrá correr,
tal vez me excomulgara.

—No tal, dime tu pecado,
que absolverte te prometo.

—¿Y guardará usted secreto?
—Eso hijo, por decontado.

—Pues entonces si es así
yo, padre, con imprudencia
y con grande irreverencia,
en la iglesia me pei.

—¿Y eso quieres te demande?
muy pronto absolverte puedo.

—Es que dije yo, que el pedo
era . . . para . . . un señor grande.

—No le hace, fué travesura,
y al fin, ya te arrepentiste:
¿para quién que era dijiste?

—Dije . . . para . . . el señor cura.

—¿Bien me lo figuré yo!
y cuando á mí lo aplicaste,
di, ¿por qué no te acordaste
de la . . . tal, que te parió?

UN RATON EN MISA.

Un muchacho que ayudaba la misa de un capuchino, observó que se meneaba cerca de donde él estaba un ratoncillo ladino.

Matarlo luego intentó, y para ver de lograrlo la campanilla acercó, y poco á poco la alzó para del golpe aplastarlo.

El chico ni pestañea temeroso de hacer ruido, pero el padre se meneó y al *Orates* se voltea, entrando el raton al nido.

De coraje hecho un infierno el monigote maton, dijo al padre echando un terno: por su orates, ó su cuerno se me ha escapado el raton.

El Negrito Mandadero.

En Veracruz, á un negrito un poco desmemoriado, á comprar azúcar candi á la botica mandaron.

Y porque no se le olvidé iba entre dientes hablando

zúcaracandi, quedito, y á su rumbo caminando; cuando un frutero pasaba y mangos junto á él gritando al tiempo que decía *zúcara*, dijo ya *zúcaramango*.

Así continuó diciendo hasta que topando un gato le pisó la cola, y éste con el dolor hizo *miau*, cuyo sonido agregó el negrito á su prontuario; y al llegar á la botica le dijo así al boticario:

Dame medio so mesé de *zúcaramangomiau*.

SOBRE GUSTOS NO SE ESCRIBE.

A una tienda en Veracruz iba seguido un mulato á tomar su pisco-labis, y pidiendo lleno el vaso los dependientes le daban aguardiente rebajado; pero él viendo que á la gente de tono, daban de frasco distinto; y en copas chicas; y á mas, que al tomar el trago haciendo gestos y un jaa se ponían colorados, una vez pidió al tendero lo que daba á los planchados

y que al tomarlo hacian jaá,
que él queria tambien probarlo.

Por burlarse el polizon,
en copa chica le ha dado
vinagre blanco de yema,
que se lo sopló de un trago;
y que no solo hizo el jaá
con muecas y gestos varios,
sino escupió hasta la bilis
quedándose atarantado.

Y enjuagándose con agua,
dijo al pagar: ahora caigo
en que los señores blancos
tienen gustos de mil diablós.

EL JAROCHO EN VERACRUZ.

Un jarocho que llegó
solo á semanasantar,
y que una barberia vió,
al momento en ella entró
porque se queria afeitár.

El barbero enjabonaba,
y el nene hecho un espantajo
tanto la bacía ladeaba,
que un chorro de agua le entraba
del pescuezo para abajo.

Cuando sintió la humedad
dijo entre duda y congoja
al maestro, con gravedad:
dígame con claridad
si afeita usted cuanto moja.

Contestó el otro que sí,
y él levantándose airado
dijo—pos lo que ex á mí
no me ha de raspar así—
y limpió lo enjabonado.

Con que al cabo, adios amigo,
pues voy a tomar andana;
que á mí, clarito lo digo,
naidè me anda poel ombligo,
porque no me dá la gana.

SEGUNDA PARTE.

Salió el jarocho rabiando
y algunas calles paseó
hasta que la ropa vió
que se estaba ya secando.

Luego fué á otra barberia
en donde no se embobó,
ni la barriga mojó;
pues no ladeó la bacía.

Mas vió que el que lo afeitaba,
dirigiéndose á un rincón
dió á la puerta un empujon,
y tras de ella se orinaba.

Diciendo, si meandó estoy
no lo hago por ser grosero,
es porque mañana mero
de esta accesoria me voy.

Y el rancheño con sus tretas
para la barba pagar,
dándole un duro á cambiar
dijo no tener pesetas.

Tampoco el otro tenía y contestó, no le hace eso, pues yo iré á cambiar el peso de un brinco, á la pulpería.

Y salió como matraca; entonces el jarochito torneó la puerta un poquito y tras de ella hizo la caca.

Volvió el otro en el momento, y cuando el caso notó, ¿cómo usted, le preguntó, tiene tal atrevimiento?

Y el chino sin inmutarse salió con esta pamplina:

—Si usted en la puerta se orina por dir mañana á mudarse;

Yo, que agorita me voy y esto lo quería jacer dije, pos vamo javer; por eso agachao estoy.

BAUTISMO DE UN NEGRITO.

Fueron un negro y su esposa un negrito á bautizar, y sentada la partida el cura los mandó entrar al bautisterio, en que el acto se habia de verificar.

Comenzó la ceremonia, y á su tiempo el sacristán contestó al cura, la frase que sabemos de *efetá*.

El padrino algo mosqueado se aguantó por lo formal, hasta que tercera vez volvió el *efetá* á escuchar; y creyendo que aludia del chiquillo á la fealdad, dijo airado: aunque ta feó, si oté queré, bautizá; y si no, dando la vueta á casa me lo llevá, que si etá ó no etá bonito eso á naide le impotá.

LA BOLA DE ORO.

Un indio á la ciudad vino y se paró vacilante á la puerta de un tratante acandalado y mezquino.

Al portero pidió atento que tantito pan le diera, y él le mostró la escalera por la que subia contento; cuando en ella se encontró con el señor vanidoso, que entre serio, entre curioso, de dónde era preguntó.

Dijo el indio, de me tierra y lo llaman Juan Gapito, de las minas del poblito que lo estar junto del sierra.

El señoron comprendió
que lo que al Juan affigia
era el hambre que tenia,
y á la cocina lo envió.

Hizo aquel su reverencia
y ya á marchar se prepara,
mas luego vuelve la cara
y dice con inocencia:

Señor amo, lo es preciso
so mercé lo ha de saber
cuánto se puede valer
un bola de oro maciso.

El rico que tal oyó
y supuso la traeria,
dijo entre sí, por María
que este pájaro cayó.

Y en aquel mismo momento
trató de hacerle la pala,
llevándolo hasta la sala
donde le hizo dar asiento.

Las *once* luego le dió
y por si fuese poco esto,
para envidar con el resto
á la mesa lo sentó.

Tambien se puso á su lado
y con él estuvo atento,
sirviéndolo muy contento,
y con cariño y agrado.

Buen vino le hizo beber,
y el indio que esto queria
alegremente embutia
hasta ya mas no poder.

Y saciado su apetito
dijo, agora los regalos

masque me lo cuesta palos,
lo guantaremos, Gapito.

Constante en aqueste intento,
como no hay mas que desear
se preparaba á marchar;
pero el amo... aquí entra el cuento.

El amo, que liberal
se mostró por sonsacarlo,
y despues de emborracharlo
alzarse con el caudal;
viendo que se le escapaba
lo detuvo, y cortesano
le preguntó muy ufano
que dónde la bola estaba.

Juan, con aquellos estremos
de borracho, dijo al punto:
yo, cuánto valer pregunto,
por cuando la tengaremos.

EL MANCO PENCO.

Muy cerca del medio dia
un jarocho que viajaba,
á su *manco* le apuraba,
que echando el bofe venia.

Y al azotar el tal *cuaco*
repetia con sonrisa;
como no alcancé la misa
hoy, del culo te la saco.

DESAFIO.

Con un soldado, un cobarde
pendiente un duelo tenia,
y el militar dijo un día:
salgamos, que se hace tarde.

El otro á la precision
marchó al lugar de refír,
haciendo para salir
de las tripas corazon.

Por caminos estraviados
anduvieron un buen rato,
y el soldado al timorato
dijo, entre ternos y enfados:

Alto, más no hemos de andar,
saque la espada, velóz,
porque el uno de los dos
en el sitio ha de quedar.

Contestó el otro: á mi ver
que usted se quede es mejor,
se lo pido por favor;
y en esto arrancó á correr.

LACONISMO.

Una monja, á fray Miguel
un ramillete formó
en la pascua, y lo llevó
el lacónico Manuel.

—Monja, pascuas y pastel,
dijo con su gran madorra;

viendo el padre su pachorra
y para reirse un poquito,
contestó al darle un realito:
gala, platos, y á la porra.

LA ILUSTRACION DEL PAYO.

De un increíble caso voy á hablar,
raro, chistoso, nuevo y verdadero,
sucedido á un amigo que á viajar
salió por esos mundos, mas no quiero
decir su clase, su lugar, su nombre,
ni donde se empezó á ilustrar tal hombre.

Solo diré, que siendo presentado
por la primera vez á una visita,
al tiempo de pasar por el estrado
el pié pisó á una linda señorita;
y al regular absorto con su grito
el otro pié plantó, y mató un perrito.

Sorprendido saltó, y con el sombrero
rompió un candil armando nueva zarra;
al sofá se dirige el majadero
y al sentarse hace añicos la guitarra;
échase en una silla atarantado,
y resbalando, al suelo cae postrado.

Acércase una dama á su socorro,
el brazo le alargó, y él distraido
por tomarle la mano tomó el gorro,
y de un tirón en dos lo ha dividido:
un señor á auxiliarlo se arrimó,
y échale mano al sello ¡adios reló!

Por fin se levantó, mudo, perplejo,
y llegaba á tal punto su ceguera

que por ir á la puerta va al espejo,
lo rompe; y encontrando la escalera
la rodó, estando á punto de matarse;
¿si quedaria con ganas de ilustrarse?

PORTUGUESADA.

A una esquiva señora, que le hacia
un galan cortejante compañía,
por el camino en que iban discurriendo
íbale el caballero así diciendo:

Es mi pasión tan grande, tan fogosa,
que haré por complacerla cualquier cosa;
y así bien mio, mande como dueño
y verá si en servirla pongo empeño.

Era la dama tal algo burlista,
y viendo cerca un charco, dijo lista,
no quiero mas, sino que en el instante
ya que es usted resuelto y tan galante,
me dé una prueba de ello.—¿De qué modo?
—Revolcándose bien en ese lodo.

Y el tal sin inmutarse dijo luego;
esa es poca agua para tanto fuego.

CABALLO PAJARERO.

Un polizon que á Veracruz llegó
para subir al interior, buscaba
un caballo, y el que se lo vendió
le dijo, es pajarero: en él andaba
la primera jornada, y se espantó
con un conejo que á sus piés saltaba;
tiró al jinete, y dijo éste cayendo:
caballo mio conejero siendo.

La Maña contra la Fuerza.

Por el cabestro traía
un vizcaino á su pollino,
que bien cargado venia
cabizbajo en el camino,
que desde el molino guía.

Despues de una legua andar
á un vericuetto llegó
en donde hay un lodazar,
y el pollino se paró
por no quererse mojar.

Supongo sabrá el lector
que un burro, de ningun modo
haya frio, haya calor,
quiere meterse en el lodo
ni por bien, ni por rigor.

El vizcaino lo apuró
y el asno se estuvo quieto,
de nuevo el vasco insistió
y viéndose en tal aprieto
lo siguiente resolvió.

El cuerpo al jumento aplica,
y echándose a la espalda
sus esfuerzos multiplica
pasándolo á la otra falda;
¡qué tal fuerza de Garnica!

Y de risa reventando,
por mas al burro afrentar
le dijo: yo asegurando
que á entendimiento ganar
á mí, mas á fuerzas ¡cuándolo!

TRISTIS EST ANIMA MEA.

Un cura muy agarrado
recogió un huérfano ahijado;
y con la ropa que vino
se estaba, porque el padrino
aun viéndolo hecho un andrajo,
nunca otra ropa le trajo.

Un día que de vena estaba
el chico, por si lograba
á su padrino ablandar,
así se hubo de espesar:

Tristis est ánima mea
porque no tengo librea.

Y cuando dado creyó
al cura, este respondió.

Et curare conturbas me
porque no tengo con qué.

EL VAQUERO Y SAN ISIDRO.

Un vaquero, de un dolor
estuvo una vez muy malo,
y á san Isidro ofreció
que como lo ponga sano,
le regalará el novillo
mas bueno que haya en sus campos.

Sanó en efecto, y queriendo
cumplir la promesa al santo,
en cuanto pudo montar
dió una corrida á caballo

por los montes, y un novillo
grande y muy gordo ha lazado,
con el cual entrando al pueblo
en la Iglesia se ha parado.

La punta del largo peal
tomó en sus nerviosas manos,
é introduciéndose al templo
ante el altar se ha postrado.

“Aquí tienes, Santo mio,
el negocio de que hablamos;
¿á quién se lo he de entregar?”
el Santo estuvo callado,

Y creyéndolo el vaquero
dormido ó tal vez de fiato,
por el altar se encarama
siempre la punta llevando
del peal que ató con respeto
á las rodillas del santo.

Rezó un credo y se salió;
mas al subir á caballo,
el novillo con su vista
echó á correr asustado,
y como el peal estiró
arrastrandó sacó al santo,
que tras el toro iba á brincos;
y cuando junto ha pasado
del vaquero, le dice éste
con intento de animarlo:
á la cola, calzon verde,
masque te ensucies la mano.